

caballo, que vamos á acostarnos sin resolver nada. A la mañana siguiente, en el momento de la partida, ensillados y montados todos los caballos, vuelvo otra vez á la carga; determinase en fin, á montar mi caballo turcomano, le hace galopar por el llano, y seducido por las brillantes cualidades del animal, me envia el suyo cou su hijo: le entrego novecientas piastras, monto á caballo y me pongo en camino. Parece que toda la tribu le ve partir con sentimiento: los niños le hablaban, las mugeres le señalaban con el dedo, el jeque volvia sin cesar á mirarle y á hacerle ciertos signos cabalísticos que los árabes tienen siempre la precaucion de hacer á los caballos que venden ó compran. El mismo animal parecia que comprendia la separacion, y bajaba tristemente su cabeza coronada de una soberbia crin, mirando á derecha é izquierda el desierto con ojos mustios é inquietos. El ojo de los caballos árabes es toda una lengua;—con sus hermosos ojos, cuya niña de fuego se desprende del fondo blanco, ancho y jaspeado de sangre, de la órbita, lo dicen y lo comprenden todo.

Hacia algunos dias que yo habia cesado de montar aquel de mis caballos que preferia á todos los demas. Por efecto de las innumerables supersticiones árabes hay setenta signos buenos ó malos para el horóscopo de un caballo, y esta es una ciencia que poseen casi todos los hombres del desier-

to. El caballo de que hablo, y al que puse el nombre de Líbano, porque le habia comprado en aquellas montañas, era un soberbio potro, alto, fuerte, valiente, infatigable y manso, y en quien jamas he reconocido la sombra de un resabio durante quince meses que le he montado; pero tenia en el pecho, en la disposicion accidental de su hermoso pelo gris ceniciento, una de aquellas espigas que los árabes han colocado en el número de los signos funestos. Ya me lo habian avisado al comprarle; pero le adquirí alegando esta razon muy sencilla y al alcance de aquellas gentes:—que un signo funesto para un mahometano era un signo favorable para un cristiano: nada habian hallado que responder, y montaba mi Líbano siempre que tenia que andar jornadas mas largas ó mas malas que las otras. Cuando nos acercábamos a una ciudad ó a una tribu, y nos salian al encuentro de la caravana los árabes ó los turcos, sorprendidos de la hermosura y vigor de Líbano, empezaban a darme el parabien y por admirarle con ojos de envidia; pero despues de algunos momentos de admiracion, el signo fatal, que sin embargo estaba algo encubierto por el pretal de seda y el amuleto suspendido al cuello que lleva todo caballo siempre, llegaba á descubrirse, y los árabes, acercándose á mí, mudaban de semblante, se me mostraban graves y afligidos, y me hacian señas de no volver á montar aquel caballo. Esto era poco importante en Siria; pero en

la Judea y en las tribus del desierto, temia que esto pusiese en lenguas mi consideracion y destruyese el respeto y prestigio de obediencia que nos rodeaban, por lo cual cesé de montarle y le hacia llevar de mano en mi comitiva. No dudo que debimos una gran parte de la deferencia y del temor con que siempre nos trataron, á la hermosura de los doce ó quince caballos árabes que montábamos ó que nos seguian. Un caballo en Arabia es el caudal de un hombre; tener un caballo lo supone todo, equivale á todo, y así se formaban una alta idea de un franco que poseia tantos caballos y tan hermosos como los de su jeque y los de bajá.

Volvemos á Jerusalem por aquel mismo valle que cruzamos de noche al llegar á ella. Antes de entrar en la primera garganta de las montañas, en una ancha y hermosa meseta que domina el llano, vemos evidentes vestigios de antiguas construcciones, y suponemos que aquel es el verdadero solar de la antigua Jericó. Se han necesitado grandes progresos de civilizacion para edificar las ciudades en los llanos:—casi nunca se engaña uno buscando las ciudades antiguas en las alturas.

En esta garganta coloca la tierna parábola del Samaritano la escena del homicidio y de la caridad. Parece que desde los tiempos del Evangelio estos valles tenian mala fama.

—Dia fatigoso por la monotonía de catorce horas de camino y por el escesivo ardor del sol re-

verberado por las escarpadas laderas de los valles; á nadie encontramos en estas catorce horas mas que á un pastor árabe que estaba apacentando un innumerable rebaño de cabras negras en la cima de un collado.

2 de Noviembre, acampado junto á la piscina de Salomon, bajo las murallas de Jerusalem.

Queriamos consagrar un dia á la oracion en aquel sitio hacia el cual todos los cristianos se vuelven orando, como los mahometanos se vuelven hacia la Meca. Rogamos al religioso que desempeñaba, él solo, el cargo de cura en Jerusalem, que celebrase, por nuestros parientes vivos y muertos, por nuestros amigos de todos los tiempos y de todos los lugares, por nosotros mismos, en fin, la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio que regó aquel suelo con la sangre del Justo para hacer germinar en su seno la caridad y la esperanza: todos asistimos á la misa con los sentimientos que nuestros dolores, nuestros recuerdos, nuestras pérdidas, nuestros deseos y nuestras diversas medidas de piedad y creencia, nos inspiraban á cada cual: elegimos por templo y por altar la gruta de Getsemani, en lo hondo del valle de Josafat:—á esta caverna del pié del monte de los Olivos se retiraba

Cristo, según las tradiciones, para sustraerse á veces á la persecucion de sus enemigos y á la impertinencia de sus discípulos; allí se engolfaba en sus celestiales pensamientos y pedía á su Padre que el caliz demasiado amargo que él mismo habia llenado, como todos nosotros llenamos el nuestro pasase lejos de sus labios; allí dijo á sus tres amigos, la víspera de su muerte, que se estuviesen á un lado y no se durmiesen, y tres veces tuvo que despertarlos; tan fácil es de adormecer el celo de la caridad humana; allí, en fin, pasó aquellas terribles horas de la agonía, lucha inefable entre la vida y la muerte, entre la voluntad y el instinto, entre el alma que quiere emanciparse y la materia que resiste porque es ciega;—allí sudó sangre y agua, y cansado de pelear consigo mismo sin que la victoria de la inteligencia diese paz á sus pensamientos, dijo aquellas palabras finales, aquellas palabras que resume todo el hombre y todo Dios, aquellas palabras que han llegado á ser la sabiduría de todos los sabios, y que deberian ser al epitafio de todas las vidas, y la inscripcion única de todas las cosas creadas:—¡Padre mio! ¡hágase vuestra voluntad y no la mia!

El lugar de esta gruta abierta en el peñasco del Cedron, es uno de los mas probables y mejor justificado por el aspecto de los sitios, de todos los que la piadosa credulidad popular ha asignado á cada una de las escenas del drama evangélico. Aquél

es verdaderamente el valle sentado á la sombra de la muerte. el abismo escondido bajo los muros de la ciudad, el hueco mas profundo y verosimilmente entónces el mas evitado por los hombres, donde Cristo, que debia tener por enemigos á todos los hombres, porque veuia á atacar todas sus mentiras, debió buscar á veces un abrigo y recogerse en sí mismo para meditar, orar y sufrir! el torrente impuro del Cedron corre algunos pasos. Entónces no era mas que un basurero de Jerusalem: allí se repliega la colina de los Olivos para unirse con las colinas en que están las sepulturas de los reyes, y forma como un hondo recodo donde grandes masas de olivos, de terebintos y de higueras, y aquellos árboles frutales que el pobre pueblo cultiva siempre, en el polvo mismo del peñasco en las cercanías de una gran ciudad, debian ocultar la entrada de la gruta; aquel sitio, ademas, no se alteró ni dejó de ser reconocible con las ruinas que sepultaron á Jerusalem. Los discípulos que habian velado y orado con Cristo pudieron volver y decir, señalando el peñasco y los arboles:—¡Allí era!—Un valle no se borra como una calle, y el menor peñasco dura mas que el templo mas magnífico.

La gruta de Getsemaní y el peñasco que la cubre están rodeados ahora por las tapias de una capillita cerrada con llave, la cual llave permanece en poder de los religiosos latinos de Jerusalem. Esta gruta y los siete olivos del campo ve-

cino les pertenecen; la puerta labrada en la peña se abre sobre el patio de otro piadoso santuario que se llama el sepulcro de la Virgen; este pertenece á los griegos; la gruta es profunda y alta, y está dividida en dos cavidades que comunican entre sí por medio de una especie de pórtico subterráneo. Hay muchos altares labrados tambien en la roca viva, nadie ha desfigurado este santuario dado por la naturaleza, con tantos ornatos artificiales como todos los demas santuarios del Santo Sepulcro; la bóveda, el piso y las paredes son la roca misma, destilando todavía, como lágrimas, la humedad cavernosa de la tierra que lo rodea; solamente han aplicado, encima de cada altar, una mala representación en láminas de cobre pintado de color de carne, y de tamaño natural, de la escena de la agonía de Cristo, con los ángeles que le presentan el cáliz de la muerte; si se arrancasen estas malas figuras que destruyen las que la imaginación piadosa gusta de crearse en la sombra de aquella gruta vacía; si dejaran á las miradas húmedas de llanto subir libremente y sin imágenes sensibles hácia el pensamiento de que está llena aquella noche, esta gruta sería la mas intacta y religiosa reliquia de las colinas de Sion; ¡pero es preciso que los hombres estropeen siempre un poco todo lo que tocan! ¡Ah! ¡Si hubieran alterado y estropeado solamente las piedras

y las ruinas de estas escenas visibles! Pero ¿qué no han hecho con los dogmas, las doctrinas, los ejemplos de aquella religion de razon, de sencillez, de amor y de humildad que el Hijo del hombre les enseñó á precio de su sangre? Cuando Dios permite que una verdad caiga sobre la tierra, los hombres empiezan por maldecir y lapidar al que la trae, luego se apoderan de aquella verdad que no han podido matar con él, porque la verdad es inmortal; pero como la piedra preciosa que los malhechores arrebatan al peregrino celeste, la engastan en tantos errores que no es posible reconocerla, hasta que de nuevo brille la luz sobre ella, y separando al cabo de siglos el diamante de su cerco, dice la filosofia:—Hé aquí lo cierto, hé aquí lo falso: esta es la verdad, este es el error! Esta es la razon porque todas las religiones tienen dos naturalezas cuya asociacion admira á las inteligencias:—una naturaleza popular, milagros, leyendas supersticiosas, vergonzosas: impura liga con que dos siglos de ignorancia y de tinieblas empañan el pensamiento del cielo; una naturaleza racional y filosófica que se descubre espléndida é inmutable, borrando con la mano el orin humano, y que, presentada á la luz eterna é incorruptible, que es la razon, la refleja pura y entera, é ilumina toda cosa y toda inteligencia con aquella claridad de verdad y amor en el fondo de la cual se ve y se ama al *Ser evidente*, Dios!

La misma fecha. Ecsiste, no léjos de la gruta de Getsemaní, un rinconcillo de tierra sombreado todavía por siete olivos, que las tradiciones populares señalan como los mismos árboles bajo los cuales se tendió y lloró Jesus. Estos olivos, en efecto, llevan impresa realmente en sus troncos y en sus inmensas raices, la fecha de los diez y ocho siglos que han trascurrido desde aquella gran noche. Estos troncos son enormes y están formados, como todos los de los dañosos olivos, de un gran número de tallos que parece que se han incorporado al árbol, bajo la misma corteza, y forman como un haz de columnas reunidas. Sus ramas están casi desecadas, pero todavía dan algunas aceitunas. Cogimos las que habia en el suelo debajo de los árboles; hicimos caer algunas con piadosa discrecion, y nos llenamos con ellas los bolsillos para llevárselas, como reliquias de aquella tierra, á nuestros amigos. Concibo que sea cosa dulce para el alma cristiana orar revolviendo entre los dedos los huesos de las aceitunas de aquellos árboles, cuyas raices regó y fecundizó acaso Jesus con sus lágrimas cuando por última vez oró sobre la tierra. Si estos no son los mismos troncos, son

probablemente retoños de aquellos árboles sagrados; pero nada prueba que no sean idénticamente los mismos. He recorrido todas las partes del mundo donde nace el olivo; este árbol vive siglos, y en ninguna parte he hallado otros mas gruesos, aunque plantados en un terreno pedregoso y árido. En la cima del Líbano he visto cedros que las tradiciones árabes hacen ascender á los años de Salomon. No hay en esto nada imposible; la naturaleza ha dado á ciertos vegetales mas duracion que á los imperios; ciertas encinas han visto pasar muchas dinastías, y la bellota que pisamos con desden, el hueso de aceituna que revuelvo entre mis dedos, la manzana de cedro que barre el viento, se reproducirán, florecerán y cubrirán todavía la tierra con su sombra, cuando los centenares de generaciones que nos siguen hayan devuelto á la tierra este puñado de polvo que una á una le van robando. Esto no es una señal de desprecio de la creacion hácia nosotros: la importancia relativa de los seres no se mide por la duracion, sino por la intensidad de su ecsistencia: mas vida hay en una hora de pensamiento, de contemplacion, de oracion ó de amor, que en una ecsistencia toda entera de hombre puramente física: mas vida hay en un pensamiento que recorre el mundo y sube al cielo en un espacio de tiempo inapreciable, en la millonésima parte de un segundo, que en los

diez y ocho siglos de vegetacion de los olivos que estoy tocando, ó en los dos mil quinientos años de los cedros de Salomon.

La misma fecha.

He almorzado, sentado en las gradas de la fuente de Siloé: he escrito algunos versos, y luego los he rasgado y tirado al manantial. La palabra es un arma mellada:—los mas hermosos versos son los que no se pueden escribir. Las palabras de toda lengua son incompletas, y cada dia el corazon del hombre halla, en los matices de sus sentimientos, y la imaginacion en las impresiones de la naturaleza visible, cosas que la boca no puede espresar por falta de voces. El corazon y el pensamiento del hombre son un músico precisado á ejecutar una música infinita en un clave que no tiene mas que algunas notas. Mas vale callar: el silencio es una hermosa poesía en ciertos momentos: el espíritu la oye y Dios la comprende: basta.

La misma fecha.

Al salir del valle de Josafat, paso por junto al sepulcro de Absalon, que es un pedazo de peña tajado en el cuerpo mismo de la montaña de Siloé, y que no se ha desprendido de la roca primitiva que le sirve de base. Tiene sobre treinta piés de elevacion y veinte de ancho en todas sus faces. Lo digo á bulto, porque no mido nada; la toesa no sirve mas que para el arquitecto. La forma es una base cuadrada con una puerta griega en medio, una cornisa corintia y una pirámide en la cima.

Ningun carácter ofrece, romano ni griego:—apariencia grave, estraña, monumental y nueva como los monumentos egipcios. Los judíos no tuvieron arquitectura propia; tomaron algo del Egipto y de la Grecia, y sobre todo, á lo que creo, de las Indias. La clave de todo está en las Indias; me parece que á ellas asciende la generacion de los pensamientos y de las artes. Ellas han producido la Asiria, la Caldea, la Mesopotamia, la Siria, las grandes ciudades del desierto, como Balbec, luego el Egipto, luego las islas, como Creta y Chipre; luego la Etruria; luego Roma; luego llegó la noche, y el cristianismo, incubado primeramente por la filosofía platónica, luego por la bárbara ignorancia de la edad media, ha producido nuestra ci-

vilizacion y nuestras artes modernas. Nosotros somos jóvenes y estamos pasando apenas á la edad viril. Un mundo nuevo en el pensamiento, en las formas sociales y en las artes, saldrá, probablemente dentro de pocos siglos, de la gran ruina de la edad media, á la que estamos asistiendo. Se conoce que el mundo moral lleva su fruto, cuyo alumbramiento se efectuará en las convulsiones y el dolor; la palabra escrita y multiplicada por la prensa, llevando la discusion, el ecsámen y la crítica sobre todo, llamando la luz de todas las inteligencias sobre cada punto de hecho ó de duda en el mundo, trae invenciblemente la edad de razón para la humanidad, la revelacion á todos por medio de todos;—la reverberacion de la luz divina, que es razon y religion, por todos los centros de la humanidad.

Esceleste libro podria hacerse con la historia del espíritu divino en las diferentes faces de la humanidad, con la historia de la divinidad en el hombre, en la que se hallaria este principio religioso obrando primeramente en los primitivos tiempos conocidos de la humanidad por los instintos y por los impulsos ciegos; luego, cantando por la voz de los poetas, *mens divinior*; luego, manifestándose en las tablas de los legisladores, ó en las iniciaciones misteriosas de las teocracias, indias, egipcias, hebraicas. Cuando sus formas mitológicas se desvanecen del entendimiento humano, desgastadas por el tiempo,

agotadas por la credulidad de los hombres, se le veria, diseminado y esparcido en las grandes escuelas filosóficas de la Grecia y de la Asia-Menor y en las sectas pitagóricas, buscar en vano símbolos universales hasta que el cristianismo reasumió toda verdad especulativa y contestada en estas dos grandes verdades prácticas é incontestables: adoracion de un Dios único; caridad y fraternidad entre todos los hombres. La misma religion cristiana, oscurecida y mezclada con errores, como toda doctrina que ha llegado á ser popular, por las credulidades de los siglos que ha atravesado, parece destinada á trasformarse, á volver á salir mas racional y pura, de los superabundantes misterios en que la han envuelto, y á confundir sus divinas claridades con la de la religiosa razon que ella, la primera, ha hecho brotar y elevado á tanta altura sobre el horizonte de la humanidad.

La misma fecha.
 Un poco encima del nacimiento del valle del Cedron, al Norte de Jerusalem, atravesamos algunos campos de una tierra rojiza y mas fértil, cubierta de un olivar. A cosa de quinientos pasos de la ciudad, nos hallamos á la orilla de una profunda cantera, á la cual bajamos. A la izquierda, un

gran pedazo de peña, ricamente labrado, se extendia en toda la anchura de la cantera, y dejaba ver debajo una estrecha abertura, medio cerrada por la tierra y las piedras desmoronadas: apenas podia un hombre deslizarse por ella á rastras. Penetramos por ella; pero como no teniamos yescas ni hachas, volvimos á salir al instante y no visitamos las estancias interiores, que son los sepulcros de los reyes. El friso magníficamente tallado y de la mas primorosa ejecucion griega, que reina sobre el peñasco exterior, asigna á esta decoracion de los monumentos la época mas floreciente de las artes en Grecia; sin embargo, data tal vez de Salomon porque ¿quién puede saber lo que este gran príncipe tomó del genio de las Indias ó del Egipto?

3 de Noviembre, 1832.

La peste que asola cada vez con mas intensidad á Jerusalem y sus cercanías, no nos permite entrar en Belen, cuyo convento y santuario están cerrados. Montamos, sin embargo, á caballo por la tarde, y despues de haber atravesado un llano de unas dos leguas, que se estiende al oriente de Jerusalem, llegamos á una altura á corta distancia de Belen y desde donde se descubre perfectamente todo este pueblecito. Apenas estábamos sentados

en ella, cuando una numerosa cabalgata de árabes belenitas llega y pide serme presentada: despues de los cumplimientos acostumbrados, me dicen que vienen diputados cerca de mí por la poblacion de Belen para hacerme disminuir el impuesto que Ibrahim-Bajá ha echado á su pueblo; que saben, por la fama y por los árabes de Abugosh, su gefe, que Ibrahim-Bajá es mi amigo y no me desairará seguramente si solicito su indulgencia para ellos. Como los árabes belenitas son la mas detestable raza de estos paises, siempre en guerra con sus vecinos, siempre tiranizando y saqueando el convento latino de Belen y del desierto de San Juan, les respondo con gravedad, dirigiéndoles severas reconvenciones por sus rapiñas; que tomaré en consideracion su solicitud y que la presentaré al bajá, pero á condicion de que respetarán á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belen y del desierto de San Juan; y que si cometen la menor violacion del domicilio de aquellos pobres religiosos, la resolucion de Ibrahim es exterminarlos hasta el último, ó echarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añado, y me parece que esto les hace una viva impresion, que si no bastan las fuerzas de Ibrahim-Bajá, los bajás de Europa están decididos á ir en persona á castigarlos: entre tanto, los escito á pagar el tributo. Desde aquel dia hasta el de mi partida, tuve constantemente en

mi séquito, á pesar de todas mis instancias para que me dejasen cierto número de jeques beduinos de Belen, de Hebron y del desierto de San Juan, que no cesaban de implorarme para la reduccion del tributo. De vuelta en el campamento, en el valle de la piscina de Salomon, bajo los muros de Sion, recibí la visita de Abugosh, que viene con su hermano y su tío á saber de mí. Le doy el café y la pipa, y conversamos una hora á la puerta de mi tienda, sentados cada uno bajo un olivo.

La misma fecha.

Un correo de Jafa me trae cartas de Europa y de Berut, y me las entrega bajo las murallas de Jerusalem. Estas cartas me tranquilizan en punto á la salud de mi hija; pero como Julia añade al pie de la carta de su madre, que no queria absolutamente que vaya á Egipto en aquel momento, cambio mi marcha; doy contra órden en punto á la caravana de camellos que encargué á El-Arisch, y me determino á volver por la costa de Siria.

Levantamos nuestras tiendas, envío un regalo de quinientas piastras al convento, á mas de las mil y quinientas que he pagado por rosarios, reliquias,

crucifijos, &c., &c., y de nuevo tomamos el camino del desierto de S. Juan.

El aspecto general de las cercanías de Jerusalem pueden pintarse en dos palabras:—montañas sin sombras, valle sin agua, tierra ain verdura, peñascos sin terror y sin grandiosidad:—algunos pedazos de tierra gris rajan la tierra desmenuzable y llena de grietas; de trecho en trecho una higuera; ya se ven una gacela ó un chacal deslizándose furtivamente entre las quebraduras de la roca; algunas vides rastrean sobre la ceniza gris ó rojiza del suelo; rara vez, un ramillete de pálidos olivos proyecta una pequeña mancha de sombra sobre las escarpadas laderas de una colina; en el horizonte, un terebinto ó un negro algarrobo se destaca triste y solo del azul del cielo; los muros y las torres grises de las fortificaciones de la ciudad aparecen á lo lejos sobre la cresta de Sion:—tal es la tierra. Un cielo alevado, puro, terso, profundo, donde jamas la menor nubecilla ondea ni se colora con la púrpura de la tarde ó de la mañana. Por el lado de la Arabia, un ancho abismo descende entre las negras montañas, y conduce las miradas hasta las olas deslumbradoras del mar Muerto y el horizonte morado de las cimas de los montes de Moab. Ni un soplo de viento murmura en las almenas ó entre las ramas secas de los olivos; ni una ave canta, ni un grillo chilla en el surco sin yerba:

un silencio completo, eterno; en la ciudad, en los caminos, en el campo.

Tal nos pareció Jerusalem durante todos los dias que pasamos bajo sus murallas: nunca oí mas rumores que el relincho de mis caballos que se impacientaban al sol, al rededor de nuestro campamento, y golpeaban el suelo con el casco, y de hora en hora el canto melancólico del muzlin gritando la hora desde lo alto de los minaretes, ó los acompasados lamentos de los plañideros turcos acompañando en largas filas a los apestados a los diferentes cementerios que rodean las murallas. Jerusalem, a donde se va a visitar un sepulcro, es positivamente el sepulcro de un pueblo; pero sepulcro sin cipreses, sin inscripciones, sin monumentos, cuya losa han quebrantado los hombres, y cuyas cenizas parece que cubren la tierra que le rodea, de luto, silencio y esterilidad. Muchas veces tendimos sobre ella nuestras miradas, al dejarla, desde lo alto de cada colina, de donde podíamos distinguirla todavía, y al fin vimos, por última vez, la corona de olivos que domina la montaña de este nombre y que por largo tiempo sobrenada en el horizonte despues que se ha perdido de vista la ciudad; luego se la ve irse desvaneciendo tambien en el cielo, y desaparecer como aquellas coronas de pálidas flores que se echan sobre un sepulcro.

Sin embargo, debíamos volver á Jerusalem; pero ¡ah! no con los mismos sentimientos; no ya para

llorar sobre las miserias de los demas, sino para llorar nuestras propias miserias, y hacer beber nuestras propias lágrimas a aquella tierra que tantas ha bebido y tantas ha enjugado.

Ayer planté mi tienda en un campo pedregoso, donde crecian algunos troncos de olivos nudosos y achaparrados, bajo los muros de Jerusalem, a algunos centenares de pasos de la torre de David, un poco encima de la fuente de Siloé que todavía corre sobre las desgastadas losas de su gruta, no lejos de la tumba del profeta-rey que tantas veces la cantó. Los altos y negros terrados que sustentaban en otro tiempo el templo de Salomon, se elevaban a mi izquierda, coronados por las tres azules cúpulas y por las ligeras y aéreas columnillas de la mezquita de Omar, que hoy señorea las ruinas de la casa de Jehová.

La ciudad de Jerusalem, asolada por la peste, estaba toda inundada en los rayos de un sol deslumbrador repercutados sobre sus mil cimborios, sobre sus blancos mármoles, sobre sus torres de piedra dorada, sobre sus murallas pulimentadas por los siglos y por los vientos salinos del lago Asphaltito; ningún rumor se alzaba de su recinto mudo y muerto como el lecho de un agonizante; sus anchas puertas estaban abiertas y de cuando en cuando se veia el turbante blanco y el albornoz rojo del soldado árabe, guarda inútil de aquellas puertas abandonadas; nadie entraba, nadie salia

por ellas; el aura de la mañana levantaba sola el ondeante polvo de los caminos, y presentaba por un momento la imágen ilusoria de una caravana; pero cuando la bocanada de viento habia pasado é ido a morir silbando en las almenas de la torre de los Pisanos ó en las tres palmeras de Caifás, el polvo volvía a caer, el desierto aparecía de nuevo, y no resonaban las pisadas de ningun camello, de ningun mulo en las piedras del camino;—solamente de cuarto en cuarto de hora, las dos ferradas hojas de todas las puertas de Jerusalem se abrían, y veíamos pasar los muertos que la peste acababa de sacrificar, y que dos esclavos desnudos llevaban en unas andas a las sepulturas esparcidas en derredor nuestro. A veces una larga hilera de turcos, de árabes, de armenios y de judíos acompañaba al muerto, y desfilaba cantando entre los troncos de los olivos; luego volvía lenta y silenciosamente a la ciudad: mas generalmente los muertos iban sin séquito; y cuando los dos esclavos habian cavado a algunos palmos de profundidad la arena ó la tierra de la colina, y tendido al apestado en su último lecho, se sentaban sobre el mismo túmulo que acababan de elevar, repartían entre sí los vestidos del difunto, y encendiendo sus largas pipas fumaban en silencio y miraban el humo de sus pipas subir en ligera columna azul, y perderse graciosamente en el aire límpido, vivo y trasparente de aquellos dias de otoño. A mis piés, el valle de

Josafat, se estendía como un vasto sepulcro, el Cedron desecado le surecaba con una grieta blanquecina, toda sembrada de gruesos guijarros, y las laderas de las dos colinas que le ciñen estaban todas blanqueadas con tumbas y turbantes labrados, monumento vulgar de los Osmanlis:—un poco á la derecha, la colina de los Olivos se rebajaba y dejaba, entre las cordilleras esparcidas de los conos volcánicos de las peladas montañas de Jericó y de San Sabá, estenderse y prolongarse el horizonte, como una luminosa calle entre las copas de desiguales cipreses; la vista se dirigía allí espontáneamente atraída por el cetrúleo y aplomado brillo del mar Muerto, que relucía al pié de las gradas de aquellas montañas, y detras la cordillera azul de las montañas de la Arabia—Petrea limitaba el horizonte;—pero limitar no es la voz propia, porque aquellas montañas parecían transparentes como cristal, y se veía ó se creía ver al trasluz un horizonte vago é indefinido, estenderse aún y nadar en los ambientes vapores de un aire teñido de púrpura y de albayalde.

Era la hora de medio dia, la hora en que el muzlin espía al sol en la mas alta galería del minarete, y canta la hora y la oración de todas las horas: voz viva, animada, que sabe lo que dice y lo que canta, muy superior en mi concepto, á la voz sin conciencia de la campana de nuestras catedra-